

CULTURAS

4

SÁBADO
13 DE OCTUBRE
DEL 2012
LA VOZ DE GALICIA

LETRASNOFICCIÓN

CALIFICACIÓN
*** MUY BUENO
** BUENO
* CORRECTO
● MEJORABLE

TRAS LA CERRADURA DE LA VIDA

MANSOUR FIRMA UN DESCARNADO RELATO EN EL QUE LA ENFERMEDAD MUESTRA SU CARA MÁS SUCIA Y LA MUERTE COBRA LA FORMA DE UN SALVAJE ANIMAL DE COMPAÑÍA

Ana Abelenda

«Hay que ser dura como una enfermera para sentir el suelo firme». Es una de las sentencias que arroja Joyce Mansour (Bowden, 1928- París, 1986) al mar de sus *Islas flotantes*, una pieza demoledora, sin concesiones a la esperanza ni al buen gusto. Nada dulcora este relato a empujones de Mansour, a menudo emparentada con el surrealismo de Breton. Las buenas maneras no participan de esta inmersión en la jungla de una psique, una mente recluida en un bloque de pasillos y cuartos como nichos donde no llega la luz de la civilización; o donde esta se desploma ante el pavor de la carne abandonada. Esta pesadilla escrita transcurre en un hospital de Ginebra. Habla del cáncer, enfoca la muerte. La austeridad de los espacios construidos para tratar el malacentúa el drama, pues nada en ellos distrae la atención. Nada salvo lo propio, el archipiélago a la deriva de la memoria («Muy a menudo el sueño está vinculado con la enfermedad. Pero aquí en el hospital, en el corazón de la enfermedad, ¿cómo distinguir el grano de la paja? Antes hay que trazar la frontera entre



Mansour es una de las voces más personales de la literatura francesa del XX

el caballo y el caballero?»). El lenguaje y la literatura son los asideros de la protagonista de estas *Islas raras*, una paciente con un sufrimiento descarriado y macabras fantasías eróticas que ha advertido que el exhibicionismo es la única forma de poner coto al dolor. Por más que griten o manifiesten sentimientos, los pacientes del hospital donde Mansour recluye al lector

quedan aquí reducidos a una precaria naturaleza física. Son animales limitados a funciones básicas, solo pijamas que deambulan de un lado a otro de su encierro. Mansour incide en la cosificación del moribundo, en la animalización de su conducta y el trato que recibe. Las fronteras entre lo cierto y lo imaginado caen según anda el relato, pesaroso como un camello en



NOVELA

«*Islas flotantes*»

Joyce Mansour. Traducción de Antonio Ansón. Periférica. 114 páginas. 16, 50 euros ***

medio del desierto. ¿Cuál es el mundo cierto?, ¿el que sonrío, el que habitan las personas que van al hospital de visita con aire perplejo?, ¿o el que elimina lo superfluo y parece hallar la luz en una mente confinada en sí misma? La vida, la acomodada en la suite de la razón doméstica, es en esta pieza una ilusión óptica. Un recuerdo náufrago en una pesadilla de hospital, donde el sexo es una pulsión aterradora que no deja de aullar contra la muerte. Y la poesía, la única forma de justicia posible.

EL MÉXICO DE LOS OCHENTA Y UN NIÑO POBRE

Patricia Blanco

Orestes cree que, en un lugar normal, las quesadillas no tendrían por qué ser indicativo de la situación política, social y económica de su país. Ni siquiera tendría por qué haber quesadillas. Es tan solo un niño al que le llegan las noticias de su situación a través de la televisión (su particular manera de enterarse de que es infeliz) y del grosor de ese único alimento que disputa con su amplio número de hermanos: Aristóteles, Arquíloco, Calímaco, Electra, Cástor y Pólux.

Si viviéramos en un lugar normal tiene de fondo los años ochenta mexicanos, la revolución de los cristeros contra el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Y no en cualquier lugar, sino en Lagos de Moreno. En lo alto alto de un cerro, en el interior de una casita (Orestes la

llama caja de zapatos), con una visión muy limitada. Abundan más las vacas que las personas y aún más los curas que las vacas.

En la línea de Juan Pablo Villalobos (Guadalajara, México, 1973), y siendo esta novela la segunda entrega del *Tríptico de los dos dedos*, vuelve aquí la idea de México como país mágico y surrealista, pero no como fuente de sentimientos positivos, sino de situaciones complicadas. Con el vocabulario y las expresiones puras, un Orestes con 25 años más recuerda aquellos tiempos.

Si viviéramos en un lugar normal explota la ironía, las situaciones cómicas para los descubrimientos trágicos: «¿No decía todo el mundo que éramos un país surrealista? ¿No creíamos que la Virgen de San Juan había curado a miles de personas sin saber nada de medicina? ¿No

le habíamos puesto fronteras al territorio nomás para hacernos pendejos unos a otros? ¿No seguíamos teniendo esperanzas de que un día las cosas cambiarían?».

Orestes descubre en poco tiempo, y con una aventura que incluye extraterrestres, sandías, botones mágicos y otra sarta de situaciones inimaginables, lo que son las clases. La conciencia de no tener nada. Ser pobre es un pozo sin fondo. La novela mezcla monólogo interior y diálogos. Crea la investigación sociológica propia de un niño a raíz de acontecimientos rutinarios. La crueldad de la supervivencia. Irreverente y disparatado, en *Si viviéramos en un lugar normal*, Villalobos trata de seguir la estela de *Fiesta en la madriguera*, su debut narrativo. Humor para el horror del día a día, tinte de relato fácil para un mundo complejo.



NOVELA

«*Si viviéramos en un lugar normal*»

Juan Pablo Villalobos. Anagrama. Narrativas Hispánicas. 188 páginas. 16,90 euros. **

La novela explota la ironía, enfrenta las situaciones disparatadas a los descubrimientos trágicos. Combate el horror con el humor.